

y aun labradores para trabajarlas. De estos bienes salía todo lo necesario para la manutención de los sacerdotes y la leña que en gran cantidad se consumía en los templos. Los sacerdotes que hacían de mayordomos, iban frecuentemente á aquellas haciendas, y los que en ellas trabajaban se creían muy felices por contribuir con sus fatigas al culto de los dioses y á la manutención de sus ministros. En el reino de Acolhuacan, las veintinueve ciudades que suministraban las provisiones al real palacio, las daban también á los templos. Es de creer que el distrito llamado *Teotlalpan* (tierra de los dioses), tendría este nombre por ser una posesión religiosa. A esto se añadían las infinitas oblaciones que espontáneamente hacían los pueblos, y que se componían, por lo común, de víveres, las primicias que ofrecían por las lluvias oportunas y por los otros beneficios del cielo. Cerca de los templos había almacenes en que guardaban los comestibles para el mantenimiento de los sacerdotes, y anualmente se distribuía lo que sobraba entre los pobres, para los cuales había hospitales en los pueblos grandes.

NUMERO Y JERARQUIAS DE LOS SACERDOTES.

A la muchedumbre de los dioses y de los templos mexicanos, correspondía el número de los sacerdotes, y la veneración con que se miraban, no era inferior al culto supersticioso de las divinidades. El número prodigioso de sacerdotes que había en el imperio, se puede calcular por el de los que residían en el templo mayor, pues subía, según los historiadores, á cinco mil. No debe extrañarse, pues solo los consagrados al dios Tezcatzoncatl en aquel sitio, eran cuatrocientos. Cada templo tenía un cierto número de ministros, por lo que no sería temeridad asegurar que no había ménos de un millón en todo el imperio. Contribuían á su multiplicación, el sumo respeto con que eran tratados y el alto honor anexo al servicio de las divinidades. Los señores consagraban sus hijos á porfía, por algún tiempo, al servicio de los santuarios: la nobleza inferior empleaba los suyos en las funciones exteriores, como llevar leña, atizar y conservar el fuego, y otras análogas; persuadidos unos y otros de que era la mayor distinción con que podían condecorar á sus familias.

Había muchos grados ó jerarquías entre los sacerdotes. Los jefes supremos de todos eran los dos sumos sacerdotes á quienes llamaban *Teoteuctli*, señor divino, y *Huciteopixqui*, gran sacerdote. Aquella alta dignidad no se confería sino á las personas más ilustres por su nacimiento, por su probidad y por su inteligencia en las ceremonias religiosas. Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban en los más graves negocios del Estado, y nunca se emprendía la guerra sin su consentimiento. Ellos eran los que ungían á los reyes después de su elección; los que abrían el pecho y arrancaban el corazón á las víctimas humanas en los más solemnes sacrificios. El sumo sacerdote era siempre, en el reino de Acolhuacan, el hijo segundo del rey. El de los Totonaacas, era ungido con sangre de niños, y esta ceremonia se llamaba *uncion divina*:¹ lo mismo dicen algunos autores del de México.

De lo referido podrá inferirse, que los sumos sacerdotes de México eran jefes de la religión en aquel Estado y no en las otras naciones conquistadas, las

¹ El P. Acosta confunde la unción divina del sumo sacerdote con la del rey; pero eran enteramente diferentes. La unción del rey se hacía con cierta tinta.

cuales, aun después de haber sido agregadas á la corona, conservaban sus sacerdotes independientes.

El sumo sacerdocio se confería por elección; pero ignoro si los electores eran los mismos sacerdotes ó los que elegía el jefe político del Estado. La insignia de los sumos sacerdotes de México, era una borla de algodón pendiente del pecho, y en las fiestas grandes usaban trages muy adornados, en que se veían las insignias del númen cuya fiesta celebraban. El sumo sacerdote de los Mixtecas se ponía en semejantes ocasiones una túnica, en que estaban representados los principales sucesos de su mitología, sobre ella un roquete blanco y sobre todo una gran capa. En la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosamente tejidas y adornadas con algunas figurillas de dioses. De los hombros le pendía un lienzo y otro del brazo.

Después de esta suprema dignidad sacerdotal, la más elevada era la del *Mexicoteohuatzin*, que el mismo gran sacerdote confería. Su obligación era velar sobre la observancia de los ritos y ceremonias, y sobre la conducta de los sacerdotes que estaban á la cabeza de los seminarios y castigar á los ministros delincuentes. Para desempeñar tan vastas funciones tenía dos ayudantes ó vicarios, cuyos títulos eran *Huitznahuateohuatzin* y *Tepanteohuatzin*. Este último era el superior general de los seminarios. La insignia principal del *Mexicoteohuatzin* era un saquillo de copal que llevaba siempre consigo.

El *Tlatquimilolteuctli* era el ecónomo de los santuarios; el *Ometochtli*, el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas; el *Epoacuiciltzin*,¹ el maestro de ceremonias; el *Tlapixcatzin*, el maestro de capilla, el cual no solo disponía la música, sino que dirigía el canto y corregía á los cantores. Había otros superiores inmediatos de los colegios de los sacerdotes consagrados á diversos dioses, cuyos nombres omito por no parecer difuso.² A los sacerdotes daban, como hoy dan á los del verdadero Dios, el nombre de *Teopixqui*, es decir, custodio ó ministro de Dios.

En cada barrio de la capital, y lo mismo puede creerse de las otras ciudades, había un sacerdote preeminente, que era como el párroco de aquel distrito, á quien tocaba dirigir allí las fiestas y los otros actos religiosos. Todos estos ministros dependían del *Mexicoteohuatzin*.

FUNCIONES, TRAGE Y VIDA DE LOS SACERDOTES.

Todos los ministerios relativos al culto se dividían entre los sacerdotes. Los unos eran sacrificadores y los otros adivinos; unos compositores y otros cantores de himnos. Entre éstos, unos cantaban de día y otros de noche. Los había para cuidar de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. A los sacerdotes tocaba la instrucción de la juventud, el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas.

Cuatro veces al día incensaban á los ídolos, esto es, al amanecer, á medio día, al anochecer y á media noche. Esta última ceremonia se hacía por el sacerdote á quien tocaba el turno, pero con asistencia de los ministros más condecorados del templo. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de día y cinco de

¹ Torquemada llama á este sacerdote *Epcualistli* y el Dr. Hernández *Epoacuacuiltli*, pero los dos se engañan.

² Quien desee saber los otros empleos y nombres de los sacerdotes, podrá leer el libro 8º de Torquemada y la relación de Hernández, que insertó Nieberberg en su Historia Natural.

noche. El perfume de que usaban era copal ó alguna otra resina olorosa; pero en ciertas fiestas se servían de chapopotli ó betun judaico. Los incensarios eran ordinariamente de barro, pero había algunos de oro. Los sacerdotes, ó al ménos algunos de ellos, se teñían diariamente el cuerpo con tinta hecha del hollín de ocotl, que era una especie de pino bastante aromático: sobre aquella costra se ponían ocre ó cinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El hábito de los sacerdotes mexicanos no era otro que el comun del pueblo, con la sola diferencia de una especie de gorra negra de algodón; pero los que en los monasterios profesaban una vida más austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de los otras naciones del imperio. Se dejaban crecer los cabellos, y á veces les llegaban á los piés. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón, y los untaban con tinta; resultando un grueso volúmen, no ménos incómodo para ellos, que horrible y asqueroso á la vista.

Además de la uncion ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y más abominable, siempre que hacían sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos, y aun de culebras pequeñas; quemábanlos en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero con hollín de ocotl, con tabaco, con la yerba ololihquí, y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabólica confeccion á sus dioses, y despues se ungián con ella todo el cuerpo. Despues arrostraban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrían hacerles ningun mal, ni las fieras de los bosques, ni los insectos mas maléficós. Llamaban á aquella untura *teopatli*, es decir, medicamento divino, y la creían eficaz contra toda especie de enfermedades; por lo que, solían darla á los enfermos y á los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados de recoger los bichos necesarios para su composicion; por lo que, acostumbrados desde pequeños á aquel oficio, perdían el miedo á los animales venenosos, y los manejaban sin escrúpulo. Servíanse tambien del *teopatli* para los encantos, y de otras ceremonias supersticiosas y ridículas, juntamente con cierta agua que bendecían á su modo, particularmente los sacerdotes del dios. Ixlitlon. De esta agua daban á los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades; no se embriagaban jamás, ántes bien raras veces bebían vino. Los de Tezcatzoncatl, despues de terminado el canto con que celebraban á sus dioses, echaban cada dia al suelo trescientas tres cañas, número correspondiente al de los cantores; entre ellas había una agujereada: cada uno tomaba la suya; y aquel á quien tocaba la agujereada, era el único que podía beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo, se abstenerían de tocar á otra mujer que á la legítima, afectando tanta modestia y compostura, que cuando encontraban casualmente á otra cualquiera, bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exceso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en Teotihuacan estaba convicto de haber faltado á la castidad, era entregado al pueblo, que lo mataba de noche á palos. En Ichcatlan el sumo sacerdote estaba obligado á vivir siempre en el templo, y á abstenerse de toda comunicacion con mujeres. Si por su desgracia falfaba á este deber, moría irremisiblemente, y se presentaban sus miembros sangrientos á su sucesor, para que le sirviesen de ejemplo. A los que por pereza no se levantaban para los ejercicios nocturnos de la religion, bañaban la cabeza con agua hirviendo, ó els

perforaban los labios ó las orejas; y los que reíncidían en esta ó en otra culpa, morían ahogados en el lago, despues de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacían al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivían ordinariamente en comunidad, bajo la vigilancia de algunos superiores.

LAS SACERDOTISAS.

El sacerdocio no era perpétuo entre los Mexicanos: sin embargo, había algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares; pero otros lo hacían por algun tiempo, ó para cumplir un voto de sus padres, ó por su propia devocion. Tampoco era el sacerdocio propiedad exclusiva del sexo masculino, pues había mujeres que ejercían aquellas funciones. Incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrián el templo, preparaban la oblacion de comestibles que se hacía diariamente y la presentaban en el altar; pero no podían hacer sacrificios, y estaban excluidas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas había algunas consagradas desde la niñez por sus padres; otras, en virtud de algun voto que hacían por enfermedad, ó para obtener un buen casamiento, ó para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servían en el templo por espacio de uno ó dos años. La consagracion de las primeras se hacía del modo siguiente: cuando nacía la niña, la ofrecían sus padres á alguna divinidad, y avisaban al sacerdote del barrio, y este al Tepanteohuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Despues de dos meses la llevaban al templo, y le ponían en las manos una granadilla y un pequeño incensario, con un poco de copal, para significar su futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo, y la oblacion, juntamente con las de algunas cortezas de árbol, para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba á la edad de cinco años, la entregaban sus padres al Tepanteohuatzin, y éste la ponía en un seminario, donde la instruían en la religion, en las buenas costumbres y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban á servir por algun voto particular, lo primero que hacían era cortales los cabellos. Las unas y las otras vivían con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores, y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas ántes de media noche, otras á media noche, y otras al rayar el dia, para atizar y avivar el fuego, y para incensar á los ídolos; y aunque asistían algunos sacerdotes á la misma ceremonia, había una separacion entre ellos, formando los hombres una ala y las mujeres otra, aquellos y éstas á vista de sus superiores, para que no hubiese el menor desórden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comestibles y barrián el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas, los empleaban en hilar y tejer hermosas telas, para vestir á los ídolos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superiores. Cualquier delito de este género era imperdonable. Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temía que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á la edad de diez y siete años, que era en la que por lo comun se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él, presentaban al Tepanteohuatzin, en platos curiosamente labrados, un cierto número de codornices, y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles, con un discurso en que le

daban gracias por el esmero que había puesto en la educación de su hija, y le pedían licencia de llevarla consigo. Aquel personaje respondía con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedía, y exhortando á la jóven á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

DIFERENTES ORDENES RELIGIOSAS.

Entre las diferentes órdenes ó congregaciones religiosas de hombres y de mujeres, merece particular mención la de Quetzalcoatl. En los colegios ó monasterios de uno y otro sexo, dedicados á este imaginario númen, se observaba una vida extraordinariamente rígida y austera. El hábito de que usaban era muy honesto: bañábanse todos á media noche, y velaban hasta dos horas antes del día, cantando himnos á su dios, y ejercitándose en varias penitencias. Tenían libertad de ir á los montes, á cualquier hora del día y de la noche, á derramar su propia sangre: privilegio de que gozaban, en virtud de su gran reputación de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban también el nombre de Quetzalcoatl, y tenían tanta autoridad, que á nadie visitaban si no es al rey, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba á comer al superior, el cual enviaba en su lugar á uno de sus súbditos. Este le presentaba el niño y él tomándolo en brazos, lo ofrecía pronunciando una oración á Quetzalcoatl, y le ponía al cuello un collar, que debía llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplía dos años, le hacía el superior una incisión en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagración. Cumplidos los siete años, entraba en el monasterio, despues de haber oído de sus padres un largo discurso en que le recordaban el voto hecho por ellos á Quetzalcoatl, y lo exhortaban á cumplirlo, á observar las buenas costumbres, á obedecer á sus superiores, y á rogar á los dioses por los autores de su vida y por toda la nación. Esta orden se llamaba *Tlamacaxcaystl*, y sus individuos *Tlamacazques*.

Otra orden había consagrada á Tezcatlipoca, que llamaban *Telpochtiliztli*, ó colección de jóvenes, por componerse de jóvenes y niños. Consagrábanse también desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir; pero no vivían en comunidad, sino cada uno en su casa. Tenían en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigía, y una casa en que al ponerse el sol se reunían á bailar, y á cantar los elogios de su dios. Concurrían á esta ceremonia ambos sexos; pero sin cometer el menor desorden, pues los observaban con el mayor cuidado los superiores, y castigaban rigurosamente á quien faltaba á las reglas establecidas.

En los Totonacas había una orden de monjes, dedicados al culto de la diosa Centeotl. Vivían en gran retiro y austeridad, y su conducta, dejando aparte la superstición y la vanidad, era realmente irreprochable. En este monasterio no entraban sino hombres de más de sesenta años, viudos, de buenas costumbres, y sobre todo, castos y honestos. Había un número fijo de monjes, y cuando moría uno, le sustituía otro. Eran tan estimados, que no solo los consultaban las gentes humildes, sino los personajes más encumbrados y el mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo, y sus respuestas eran recibidas como oráculos hasta por los mismos reyes de México. Empleábanse en hacer pinturas históricas, las que se entregaban al sumo sacerdote para que las enseñase al pueblo.



SACRIFICIOS COMUNES DE VICTIMAS HUMANAS.

Pero el empleo más importante del sacerdocio, la principal función del culto de los Mexicanos, eran los sacrificios que hacían, ya para obtener alguna gracia del cielo, ya para darle gracias por los beneficios recibidos. Omitiría de buena gana el tratar de este asunto, si las leyes de la historia me lo permitiesen, para evitar al lector el disgusto que debe producirle la relación de tanta abominación y crueldad; pues aunque apenas hay nación en el mundo que no haya practicado aquella clase de sacrificios, difícilmente se hallará una que los haya llevado al exceso que los Mexicanos.

No sabemos cuáles eran los sacrificios que usaban los antiguos Toltecas. Los Chichimecas estuvieron mucho tiempo sin practicarlos; pues al principio no tenían ídolos, templos ni sacerdotes, ni ofrecían otra cosa á sus dioses, el sol y la luna, sino yerbas, frutas, flores y copal. No se ocurrió á aquellos pueblos la inhumanidad de sacrificar víctimas humanas, hasta que dieron el ejemplo los Mexicanos, borrando entre las naciones vecinas, las primeras ideas inspiradas por la naturaleza. Ya hemos indicado lo que ellos decían acerca del origen de tan bárbara práctica y lo que se halla en sus historias sobre el primer sacrificio de los prisioneros Xochimilcos, cuando los Mexicanos se hallaban en Colhuacan. Mientras éstos se hallaban encerrados en el lago y sometidos al yugo de los Tepanecas, es de creer que no serían muy comunes aquellos sangrientos holocaustos; pues ni tenían prisioneros, ni podían adquirir esclavos. Pero desde que extendieron sus dominios y multiplicaron sus victorias, empezaron á repetirse con frecuencia los sacrificios y en algunas fiestas eran muchas las víctimas.

Los sacrificios variaban con respecto al número, al lugar y al modo, según las circunstancias de la fiesta. Por lo común abrían el pecho á las víctimas; pero algunas otras eran ahogadas en el lago, otras morían de hambre, encerradas en las cavernas en que enterraban á los muertos, y otras, finalmente, en el sacrificio gladiatorio. El lugar en que más comúnmente se consumaban aquellas atrocidades, era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar destinado á los sacrificios ordinarios. El del templo mayor de México, era de una piedra verde, jaspe probablemente, convexa en la parte superior, de cerca de tres pies de alto, de otro tanto de ancho y de cinco pies de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio eran seis sacerdotes, el principal de los cuales era el Topiltzin, cuya dignidad era preeminente y hereditaria; mas en cada sacrificio tomaba el nombre de la divinidad en cuyo honor se hacía. Vestíase para aquella función con un traje rojo, de hechura de escapulario y adornado con flecos de algodón: en la cabeza llevaba una corona de plumas verdes y amarillas; en las orejas pendientes de oro y piedras verdes (quizás esmeraldas), y en el labio superior otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros estaban vestidos de trajes blancos, de la misma forma y bordados de negro: tenían los cabellos sueltos; la frente ceñida de correas y adornada con ruedas de papel de varios colores y todo el cuerpo pintado de negro. Estos desapiadados ministros se apoderaban de la víctima, la llevaban desnuda al atrio superior del templo, y después de haber indicado á los circunstantes el ídolo á quien se hacía el sacrificio, para que lo adorasen, la extendían sobre el altar. Cuatro sacerdotes aseguraban al infeliz prisionero por los pies y los brazos y otro le

SACRIFICIO ORDINARIO

